

# Dignidad de México frente al imperialismo

**Y**a antes de la visita de López Portillo a Washington en los primeros días de junio, México había demostrado en política exterior una gran independencia frente a las presiones de Estados Unidos. El Canciller Castañeda, en particular, se había convertido en paladín de los intereses latinoamericanos y en gestor de una política conjunta que respondiese a esos intereses exigiendo la no intervención en los asuntos internos y la plena autodeterminación de los pueblos.

Todo esto se reflejó con nitidez en la propia Casa Blanca cuando López Portillo sin arrogancia y sin sumisión, con dignidad y con respeto, expuso la posición mexicana en lo referente a Centroamérica y el Caribe. Una posición diametralmente opuesta a la de Reagan y Haig.

En un primer punto el mandatario mexicano dejó clara su posición de que las luchas por la liberación de los pueblos latinoamericanos, especialmente la actual de El Salvador, no surgen primariamente por intromisiones externas del comunismo internacional vía La Habana, sino que son resultado primario de la secular injusticia estructural y de la represión, a las que se han visto sometidos los países latinoamericanos. Por cortesía no quiso insistir López Portillo en que esas injusticias y represión tienen mucho que ver con la presencia y la acción del capitalismo y de los norteamericanos en el área, considerada siempre como zona de su influencia y de su dominio. Contradecía con esa afirmación el esquema Este-Oeste que es principio fundamental de la actual política exterior norteamericana, sustituyéndolo por el esquema mucho más complejo y real Norte-Sur, países ricos-países pobres.

Lo mismo pudo apreciarse ante la propuesta del llamado plan Mini-Marshall para Centroamérica y el Caribe, propuesto por Reagan a través del canciller alemán Helmut Schmidt para que sonase mejor. Ese plan, en la intención de la administración Reagan, quiere ser un remedo de la Alianza para el Progreso de la administración Kennedy. No es sino la vertiente económica de un plan conjunto que tiene otra vertiente militar. Se propone un desarrollo económico que quite base de apoyo a los movimientos revolucionarios, precedido por un desarrollo militar represivo que aplaste todo intento liberador. Se piensa que así se evitará la presencia del comunismo en el continente y que con ello quedarán plenamente a salvo los intereses y la seguridad norteamericanos.

Pues bien, a esta propuesta respondió México con una contrapropuesta que, al menos en principio, establecía cautelas fundamentales. México aceptaba colaborar en un plan de ayuda económica a Centroamérica y el Caribe si ese plan se sometía a tres condiciones: 1) que no tuviese ninguna ligazón entre la ayuda militar y la ayuda económica; 2) que no tuviese como objetivo combatir el comunismo sino el desarrollo de los pueblos; 3) que no quedara excluido de él en principio ningún país del área —léase Cuba, Nicaragua, Grenada y cualquier otro país de régimen socialista o estimado como tal—. Dicen las agencias que Reagan aceptó este planteamiento. Pero es imposible que lo haga, pues cada una de las tres condiciones y, sobre todo, la totalidad de ellas y el espíritu que las anima suponen una postura contraria a la norteamericana. El plan Mini-Marshall, en efecto, es parte de un proyecto



total que pretende combatir la expansión comunista y que no es desligable de esa pretensión. ¿Cómo no va a incluir, entonces, el rechazo al fortalecimiento económico de países como Cuba, Grenada o Nicaragua, cómo no va a ligarse con la ayuda militar y cómo no va a orientarse a combatir el comunismo?

Y no es que México quiera asegurar la expansión del comunismo. Lo que sucede es que México sabe bien que, en boca de Estados Unidos y de los gobiernos militaristas, se tilda de comunismo y de comunistas a todo y a todos los que luchan por la verdadera liberación de los pueblos. Sabe que, bajo pretexto de comunismo, esos gobiernos se permiten las más flagrantes violaciones de los derechos humanos y Estados Unidos se permite todo género de intervencionismos en los asuntos internos de los países latinoamericanos.

En esta misma ocasión el canciller Castañeda tuvo una frase sumamente fuerte por venir de la voz oficial de la política exterior mexicana y en

referencia a la opinión contraria de Estados Unidos sobre El Salvador. Castañeda dijo, en efecto, que al pueblo salvadoreño se le habían cerrado todos los caminos democráticos y que no le quedaba otro para expresar y realizar sus derechos y su voluntad que el de la violencia. Nunca se había dicho nada tan fuerte por parte de una tan alta autoridad en la propia boca del lobo.

México dio con todo ello una lección de dignidad frente al imperialismo. Los que hablan de no querer intervención extranjera harían bien en mirarse en el espejo de estas declaraciones y posiciones mexicanas. Sobre todo en El Salvador que recibe a espuestas ayuda militar y económica de USA para combatir el comunismo, un comunismo que para México no es tal, sino la respuesta obligada de un pueblo, al que no se le ha dejado otra oportunidad.

**E.B.**